



Puntos de vista

Los géneros literarios y la historia

*C*ON motivo de haberse otorgado el Premio Nacional de Literatura al historiador don Francisco Encina, se ha polemizado en los medios intelectuales acerca de si la historia es un género literario y, por tanto, si dicho premio se confirió ajustándose a las disposiciones legales que se tuvieron en vista al establecerlo. Las opiniones han divergido y podría decirse que se polarizaron en dos campos en cierto modo irreconciliables: uno que no duda de que la historia forma parte de la literatura y otro que la considera como una disciplina ajena a las bellas letras.

El tema es altamente interesante por la variedad de aspectos que presenta y por los opuestos ángulos de enfoque. Su planteamiento se remonta al examen de la existencia misma de los géneros literarios, y aún se ha ido más lejos: a proclamar la inutilidad de las preceptivas, punto de partida de las normas y clasificaciones de la obra literaria. Tal actitud no es reciente y ella co-

responde en el fondo a ese constante vaivén con que se miden los conceptos que por su naturaleza son inestables y relativos, actitud justificada en este caso por tratarse de manifestaciones del espíritu, difícil, por su complejidad anímica, de medir en forma exacta y definitiva.

No se puede desconocer, por de pronto, el valor histórico de las preceptivas como que ellas derivan de la POÉTICA de Aristóteles, que alcanzan su plena sistematización con Horacio y Quintiliano. Mas ha habido épocas literarias en que las normas clásicas son atropelladas, porque surgen genios que no aceptan vallas que los constriñan. Así, en la Edad de Oro de la literatura española, cuando Lope de Vega, Cervantes o Góngora saltan sobre los preceptos en libérrimo vuelo creador. Pero adviene el neoclasicismo, y sin los genios de tan preclaro rango como aquéllos, los escritores se ciñen a las reglas, porque respetándolas creen dar formas bellas y originales a sus creaciones. Pretendieron suplir con talento la carencia de genialidad. Vino el romanticismo, y de nuevo la vieja retórica quedó relegada y aun olvidada, si bien los románticos pretendieron forjar su propia retórica, indudablemente más convencional que la antigua. Las preceptivas, a partir del romanticismo, no han logrado recuperar su prestigio. Dilthey les asestó un golpe que, si no mortal, las dejó definitivamente vulneradas. Francia ha seguido fiel a ellas pues su vida literaria está nutrida de lo mejor de la retórica clásica, demostración de lo cual es ese rigor formal y esa clari-

dad expresiva que dan a sus letras inconfundible sello de elegancia y medida.

Aparte de su valor histórico, las preceptivas tienen una importancia didáctica y su enseñanza se hace necesaria, pues para despreciarlas hay, por lo menos, que conocerlas. Tampoco está de más que las frecuente el escritor, no para respetarlas servilmente, sino para disciplinarse en la técnica de la expresión. Absurdo sería suponer que quien aspira a ser poeta, novelista u orador deba ceñirse a las reglas y creer que basta conocerlas para cultivar algún arte literario. Han perdido, por otro lado, toda validez para enjuiciar la obra. Los actuales métodos de crítica literaria —histórico, psicológico y estilístico conjugados en un mismo plano— nos acercan a la posibilidad de una justa valoración, en que estén ausentes el arbitrio y la incompreensión.

Si nos atenemos a las preceptivas tradicionales no caben dudas de que la historia es un género literario. Tampoco hay duda si recurrimos a la definición que sobre historia da el Diccionario de la Real Academia Española, pues éste ha sido confeccionado dentro del más riguroso espíritu clasicista. Por eso hay que buscar otros ángulos para enfocar el problema de los géneros literarios que no sean el Diccionario ni las preceptivas. Acaso Ortega y Gasset, con esa agudeza penetrante que tuvo para mirar el mundo del espíritu y de las cosas, pueda dar luces sobre el concepto actual de géneros literarios. Veamos. “Entiendo —dice el pensador español— por géneros literarios, a la inversa que la poética

antigua, ciertos temas radicales, irreductibles entre sí, verdaderas categorías estéticas”.

Desde tal punto de partida, se puede llegar a determinar la situación de la historia. En ningún caso se la ha de considerar como una categoría estética. Queda, en consecuencia, fuera de lo que es, en esencia, literatura. Tiene ésta una finalidad específica: provocar el goce estético en el lector. El medio para llegar a ello es la palabra, que también sirve a la historia, pero con objetivo distinto. Mientras la primera va tras la emoción estética, la segunda aspira a revelar los hechos del pasado con la mayor verdad posible. La palabra es en ambos casos un mero vehículo expresivo, como lo es para toda actividad del espíritu que comunica conocimientos.

La base de la literatura es la emoción del creador, su sensibilidad, su intuición, sus vivencias. La del historiador son las llamadas fuentes de la historia y una serie de ciencias que ayudan a esclarecer el pasado: geografía, arqueología, lingüística, economía, estadística, etc. Sin una sólida base de información de primera mano, ningún historiador, por intuitivo que sea, podrá llegar a revelar la verdad de los sucesos pretéritos.

Por otra parte, no le está negado al historiador exponer en forma agradable, valiéndose de un estilo de seductoras gamas expresivas, a fin de hacer menos áridas la revelación del mundo que se revive. Ha de ser ESCRITOR, pero ello no lo obliga a que sea también LITERATO.

Y, ¿dentro de qué disciplinas deberá incluirse la

historia? No es, tampoco, una ciencia en el sentido tradicional que de ésta se tiene. Se excede de ella en cuanto exige del historiador una interpretación de las fuentes, en la que interviene indudablemente una actitud personal, subjetiva, un fuego íntimo que le permita vivificar el material inerte de que dispone, intuir aquello de lo cual sólo hay indicios, trazar retratos de los protagonistas de los acontecimientos con el aporte de su propia imaginación. O sea, poseer condiciones de artista. Pero la base de la historia se asienta en lo cierto, en hechos concretos. Es una disciplina con caracteres propios, singulares, que participa de complejos factores intelectuales y hasta de imaginación creadora, como en el caso de la historia de don Francisco Encina.

Por las consideraciones expuestas, la historia queda dentro de las llamadas "ciencias de la cultura".